

# México mutilado

Francisco Martín Moreno



El general Antonio López de Santa Anna, varias veces presidente de México, es el principal personaje de esta novela, que trata sobre el periodo histórico (1846-1848) en que México vio reducida a la mitad su extensión territorial por la presión expansionista de Estados Unidos, por la ambición y traiciones de quienes detentaban el poder, y porque para entonces ya se perfilaba en el horizonte con mayor nitidez que la historia de la nación no podía dejar de ser la de las grandes traiciones y el deshonor de unos cuantos con poder para que todos sufrieran las consecuencias.

México mutilado es un grito de denuncia, de rabia, de impotencia. ¿Por qué los mexicanos hemos hablado tan escasamente de la guerra de 1846 contra Estados Unidos? ¿Por qué nos hemos negado a evaluar los alcances de la catastrófica derrota que tuvo como resultado, entre otros males, la pérdida de la mitad del territorio nacional? ¿Por qué no nos atrevemos a ver la herida agusanada por la que supuramos hasta la fecha? Con su conocida prosa vertiginosa, un tobogán que nos lleva hasta las mismas entrañas de México, Francisco Martín Moreno nos revela cómo conspiraron, en contra de su propio país, los altos jerarcas de la iglesia, distinguidos generales, presidentes de la República, destacados criollos, aristócratas, empresarios, periodistas, gobernadores, diputados y senadores. ¿La letra del himno nacional debería ser: Mexicanos, sálvese el que pueda...? ¿Qué aprendimos de la guerra y de la traumática experiencia? ¿Acaso hoy, a casi 160 años, los mexicanos somos más unidos, más cultos, más preparados y hemos disminuido la distancia que nos separa de Estados Unidos? Por lo visto nadie repara en que quien no conoce su historia está condenado a repetirla, con todas sus funestas consecuencias. Sin duda, los intereses creados fueron de tal magnitud que resultó más conveniente esconder la realidad que echar luz sobre nuestro pasado para desenmascarar, de una vez y pa-

ra siempre, a los auténticos enemigos de México. México mutilado, una novela política, nos arroja en pleno rostro las explicaciones que nunca se atrevieron a darnos...

A mi hija Claudia, Co, por tus poderes mágicos  
adquiridos desde pequeña, con los que haces  
inmensamente feliz a quien tiene la suerte  
de encontrarte en su camino.

## Agradecimientos y desprecios

Debo dejar aquí una constancia explícita de mi más genuino agradecimiento a los investigadores mexicanos y extranjeros dedicados a estudiar profusamente el pasado de México sin otro compromiso que la ansiosa búsqueda de la verdad. Gracias por sus invaluable aportaciones, por sus afanosos empeños y, en algunos casos, por su desinteresada amistad.

No podría dejar de mencionar, en particular, a Angela Moyano, quien en todo momento estuvo atenta al desarrollo de la presente novela y en muchas ocasiones me mostró diferentes derroteros insospechados por mí y que fueron definitivos para la feliz conclusión de mis trabajos. Suyos fueron diversos puntos de vista ciertamente aleccionadores. Mías son absolutamente todas y cada una de las conclusiones.

De la misma manera, no debo dejar pasar la oportunidad de externar mi más genuino desprecio a los mercenarios de la historia de México por haber enajenado, a cambio de unos billetes o de un puesto público, sus conocimientos, su imaginación, su tiempo y su talento a la causa despreciable de la historia oficial, que tanto ha confundido a generaciones y más generaciones de mexicanos. Gracias a ellos nos hemos tropezado, en buena parte, una y mil veces, con la misma piedra.

Vaya también mi más fundada condena a los políticos que financiaron con recursos públicos la redacción y publicación de obras de consumo y formación popular que impi-

dieron la revelación de realidades históricas con las que se hubiera podido construir, sin duda, un mejor destino para México.

## Tengo que escribir un breve prólogo...

Hace muchos años —así comienzan los cuentos—, cuando cursaba la escuela primaria, mis maestros, esos auténticos héroes nacionales ignorados, me revelaron la existencia de un rico e inmenso territorio mexicano conocido como Tejas, así, con jota, nada de Texas, el que después *nos robaron los gringos* recurriendo a la *diplomacia de la anexión* para tratar de legalizar, ante los ojos del mundo, un robo artero e imperdonable, que mutiló a nuestro país para siempre. Ahí, en las aulas, se incubó mi rencor y creció un resentimiento que subsiste hasta hoy.

Sólo que la amañada absorción de Tejas a la Unión Americana desde luego no satisfizo los apetitos expansionistas de nuestros vecinos del norte, quienes también codiciaban ávidamente Nuevo México y California. ¿Qué haría Estados Unidos para apropiarse de dichos departamentos cuando sus ofertas de compra no eran siquiera escuchadas por el gobierno mexicano ni existía la posibilidad de apertura de un espacio político para oírlas? Muy sencillo: invocar la ayuda de la Divina Providencia... Al sentirse los yanquis apoyados por el Señor, desenfundaron sus pistolas y después de disparar varios tiros en la cabeza del propietario de los bienes, inexplicablemente opuesto a ganar dinero, es decir, después de matar, según ellos, a quien se resistía a evolucionar y a enriquecerse, tomaron posesión de la propiedad ajena alegando defensa propia, en el caso concreto, derechos de conquista, logrados en el nombre sea de Dios...

En síntesis: cuando México se negó a vender sus tierras, los embajadores abandonaron el escenario para que éste fuera ocupado por los militares, verdaderos profesionales especializados en el exterminio en masa del hombre, la única criatura de la naturaleza que utiliza la razón para matarse colectivamente...

Estados Unidos le declaró la guerra a México en mayo de 1846. La catastrófica y no menos traumática derrota, tanto de nuestras fuerzas armadas como de la población civil, condujo a la firma de la paz en 1848, nada menos que en Guadalupe Hidalgo, lugar «sugerido» por el representante del presidente Polk, porque ahí había hecho supuestamente sus apariciones la Santa Patrona de los mexicanos y, de esta forma, Ella bendeciría los acuerdos... Por si fuera poco, y para nuestra vergüenza, el tratado fue firmado «EN EL NOMBRE DE DIOS TODOPODEROSO» para legalizar así, ante Dios —¡claro que ante Dios!—, ante la humanidad, la historia y el mundo, el gran hurto del siglo XIX. ¿Quién les concedió a los norteamericanos el derecho de hablar y actuar nada menos que en el nombre de Dios...?

De esta suerte fuimos despojados de praderas, llanuras, valles, ríos, litorales, riberas y cañadas, además de promisorias minas. Tan sólo unos meses después de la cancelación de las hostilidades, apareció mágicamente el oro en California, una California que, con todo y las inmensas riquezas escondidas en su suelo, había dejado de ser mexicana para siempre.

¿Perdimos la guerra gracias a la inferioridad militar de México? ¡Falso! Fuimos derrotados por una cadena de traiciones sin nombre, tanto por parte de los militares como de los políticos y de la iglesia católica, apostólica y romana, institución, esta última, no sólo la más retardataria de la nación mexicana, sino también aliada al invasor, al igual que el propio Santa Anna. ¿La iglesia aliada...? ¡Sí, aliada a nuestros enemigos, porque los jefes militares norteamericanos le habían garantizado a los purpurados no atentar



contra sus bienes ni contra el ejercicio del culto, siempre y cuando el clero convenciera a los feligreses mexicanos de las ventajas de la rendición incondicional ante las tropas norteamericanas! ¿Resultado? Puebla, entre otras ciudades, se rindió sin disparar un solo tiro. Una de las peores vergüenzas la sufrimos cuando un obispo poblano bendijo la odiosa bandera de las barras y de las estrellas...

En lo que hace a la capital de la República, si bien hubo batallas feroces en donde los soldados mexicanos mostraron coraje y dignidad, la resistencia civil, una vez caída la ciudad, fue tan escasa como vergonzosa. La consigna silenciosa rezaba más o menos así: «Quien mate o hiera a un norteamericano pasará la eternidad en el infierno...». ¡Cuánto hubiera cambiado el destino de México si la iglesia católica, por el contrario, hubiera sostenido: «Haz patria, mata a un yanqui...». La guerra habría adquirido otra connotación...!

«¡Bendita la ley Lerdo! ¡Benditas las leyes de Reforma! ¡Bendito Juárez, el Benemérito de las Américas, el verdadero Padre de la Independencia de México! Él y sólo él, junto con un selecto grupo de notables mexicanos, lograron desprender del cuello de la nación a esa enorme sanguijuela gelatinosa llamada iglesia católica, leal a Roma, al dinero, al poder político y al militar, pero nunca a México, al que le succionaba rabiosamente las energías y le negaba cualquier posibilidad de progreso y de estabilidad política. ¡Cuánta sangre se derramó al arrebatarle la inmensa mayoría de los bienes de producción a un clero voraz que había olvidado su misión divulgadora del evangelio!», se decía en discursos abiertos en la Plaza del Volador, años después de la conclusión de la guerra contra Estados Unidos y meses antes de que iniciara la intervención francesa...

¡Pobre México!, acosado a mordidas y puñaladas desde el exterior por corsarios modernos y, además, dividido en lo doméstico por las ambiciones y los egoísmos desbridados de sus líderes, desprovistos de un claro concepto de patria

por el que exponer la vida, misma que, eso sí, perdieron quienes dormían en petate... ¡Pobre México!, sometido a un clero terrateniente autorizado a recaudar el diezmo, además de ser dueño de financieras, titular de bancos camuflados, hipotecarias, latifundios, empresas e inmuebles, privilegios y patrimonio que defendía con ejércitos propios, tribunales especiales, policía secreta, cárceles clandestinas y fuero constitucional para la alta jerarquía eclesiástica...

¿Por qué el presidente Polk se negó a la anexión de todo el país, *All México*, según le aconsejaban sus más allegados, y únicamente retuvo Tejas, Nuevo México y California? Porque los norteamericanos sólo deseaban apoderarse de los territorios despoblados en los que pudiera asentarse libremente la raza superior, la suya, la anglosajona, sin contaminaciones de ninguna clase: «Nosotros integramos una raza blanca, libre, de extracción caucásica, poderosa, imaginativa, industrial, alfabetizada y productiva, jamás nos sometimos a la degradación racial propia de un mestizaje...». En nuestro país muy pocos se percataron de que si México no desapareció de la geografía política mundial, se debió a la existencia de millones de indígenas asentados al sur del Río Bravo, de los que el jefe de la Casa Blanca no quiso saber nada... ¿Acaso tendré que exterminar a seis millones de aborígenes torpes y tontos, igual de inútiles que nuestros pieles rojas? ¡No!, sentenció Polk de viva voz en aquel enero de 1848, ¡no!: prefiero pasar a la historia como un anexionista que como un asesino. Allá los mexicanos, que han cubierto de plomo las alas de su águila nacional... Su mestizaje es imposible de regenerar... No sólo nunca remontarán el vuelo, sino que se precipitarán irremediablemente en el vacío...

¿Cómo explicar la recepción popular brindada a Winfield Scott, el victorioso general norteamericano, cuando llegó hasta la Plaza de la Constitución entre vítores y aplausos provenientes de los balcones repletos de aristócratas y de una buena parte del sector adinerado del país? ¡Horror!

¡Imposible olvidar tampoco cuando a él, precisamente al jefe del ejército invasor, se le invitó posteriormente a convertirse nada menos que en el presidente de México! ¿A eso se le llama solidaridad nacional? ¿Cómo fue posible que muchos estados de la Federación se hubieran abstenido de enviar recursos económicos, soldados y armas para defender a la patria invadida, con el argumento de que «el problema no era suyo...»?

La rabia se me desborda. Debo dejar aquí el prólogo para explicar los hechos tal y como se dieron en las sacristías, en los cuarteles, en Palacio Nacional, en las tiendas de campaña durante la guerra, en la Casa Blanca, en el Capitolio, en el Potomac, en San Jacinto y en el Río Bravo, entre otros tantos lugares. Muchos personajes, anécdotas y pasajes no fueron contemplados con la debida profundidad en estas páginas. Espero tener la oportunidad de lograrlo en el futuro. Por esta ocasión, sólo deseaba revelar a grandes zancadas lo ocurrido y liberarme, a como diera lugar, del efecto causado por las palabras de mis maestros cuando me relataron el gran robo del siglo XIX. Fue mi contacto con la impotencia política.

Los mexicanos no queremos recordar cuando los yanquis nos hurtaron Tejas y nos despojaron, apuntándonos con un mosquete a la sien derecha, de California y Nuevo México, mientras estábamos derribados en el piso con la frente adherida al polvo. No, no hablamos ni escribimos de la guerra contra Estados Unidos, porque nos produce la misma sensación de vergüenza que el hecho de reconocer la existencia de un hermano asesino, o de tener una inmensa cicatriz en nuestro rostro, que nos negamos a contemplar en el espejo. Por ello mejor, mucho mejor, vivir envenenados, sin hablar del traumatismo histórico, en lugar de gritar de día nuestros dolores y complejos para volver a dar con la libertad.

Perdón por las omisiones. Son involuntarias. Perdón. Como sé que es imposible entender el país de nuestros

días sin conocer el México del siglo XIX, me apresuraré a contar. Nací para contar; sin embargo, no ignoro que dejo el tintero casi lleno. Sí, pero, por otro lado, he gritado hasta desgañitarme. Ya sin voz, escribo...

*Francisco Martín Moreno  
Prado Sur, México  
Septiembre del 2004*

## Primer capítulo

### La revolución de las tres horas

Mientras tengamos Congreso,  
no esperemos progreso...

ANTONIO LÓPEZ DE SANTA ANNA

Yo, sí, yo, yo lo vi todo, estuve presente en cada uno de los acontecimientos. Viví las más diversas experiencias al lado de los auténticos protagonistas de la historia. Los observé llorando desconsoladamente el vacío de la derrota mientras que, sin enjugarse las lágrimas y de rodillas ante la mujer amada, humedecían las abundantes telas de los vestidos de seda y brocados en oro, empapando hasta las crinolinas con sus babas. Sus esposas o amantes en turno permanecían inmovibles, petrificadas. Nunca las vi tratando de acariciar los cabellos del poderoso líder caído en desgracia ni las sorprendí bajando piadosamente la vista para constatar el tamaño de su desconsuelo. Ni los incontenibles sollozos ni los puños crispados ni los lamentos ni las maldiciones ni las invocaciones a la traición, a la cobardía o a la torpeza, las convencieron de retirar la mirada del artesonado ni las animaron a conceder, al menos, una palabra de aliento ante el fracaso del emperador, del presidente o del general ven-

cidos. Ellas esperaban impacientemente la feliz conclusión de ese patético estallido de llanto con las mandíbulas apretadas y la mirada extraviada, tal vez clavada en uno de los óleos monumentales en que habían quedado eternizados los hechos victoriosos, las rendiciones incondicionales de países y ciudades mediante la entrega simbólica de las llaves de oro: sólo por aquellos instantes de gloria inolvidable, otrora vaciados en las telas, había valido la pena existir.

Yo asistí a batallas, parapetado a un lado de la artillería; tomé parte en el ataque de la caballería o cubrí, junto con los lanceros, la huida por la retaguardia. Estuve sentado, rodeado de militares enfundados en trajes de gala, charreteras y guerreras de oro, botas elevadas de charol y bandas tricolores cruzadas de un lado al otro del pecho insuflado y condecorado mientras explicaban, en críptico secreto, los detalles del combate final. Escuché, de pie, la revelación de los planes diseñados por oficiales de campaña reunidos sobriamente alrededor de una mesa cubierta por mapas extendidos y desgastados, sobre los cuales, el alto mando conjunto trazaba las estrategias a ejecutarse en el campo del honor. En otras ocasiones, en elegantes salones decorados con múltiples banderas, asistí a negociaciones entre distinguidos hombres de monóculo, chistera y levita, quienes, una vez silenciado el fragor de los cañones y sin reparar en los miles de muertos, heridos y mutilados, se repartían el mundo apoyados en el derecho del conquistador de hacerse de enormes y ricas planicies sin ostentar ya mayores armas que unas sonrisas, si acaso, un par de amenazas disfrazadas y unas copas alargadas de burbujeante champán.

Recargado contra la pared o acariciando los picaportes dorados de las puertas de las alcobas palaciegas desde donde se gobierna un país, oí, de viva voz de los actores, las razones de su proceder cuando revelaban a sus mujeres sus iniciativas y sus intrigas, mientras las cubrían con besos o se envolvían junto con ellas en sábanas de satén al tiem-

po que estallaban en estruendosas carcajadas. ¡Qué placer es posible encontrar en la descripción de las hazañas para alcanzar el éxito, sobre todo si el interlocutor es el ser amado o, al menos, la dama ante la cual se intenta producir un hechizo efímero! ¡Cuánta satisfacción experimenta el líder cuando exhibe su ingenio, su astucia y su talento, como quien desenvaina su espada de acero refulgente y la blande en el vacío en busca de una sonora ovación para no dejar duda alguna de su agradecimiento a la herramienta acreedora de su triunfo!

Con la debida oportunidad conocí los pormenores de las campañas periodísticas encubiertas para manipular a la opinión pública, tergiversar la verdad, engañar, despertar el apetito por la riqueza, justificar, en fin, las acciones antes de ejecutarlas, legitimándolas anticipadamente. Descubrí la contratación de diversos agentes camuflados, cuya misión consistía en filtrar las ventajas de una invasión armada entre la población y las autoridades locales del país a intervenir. Supe de soldados disfrazados de colonos, de pastores al servicio de Dios y de la política expansionista, de columnistas convertidos en espías provocadores, dedicados a la sublevación de los ejércitos. Me encontré de golpe con voraces terratenientes disfrazados de diplomáticos y con tenderos, agiotistas, contratados espuriamente para representar, nada menos, que los asuntos mexicanos. Pude asistir a verdaderos aquelarres instalados en el interior de catedrales e iglesias, en donde se diseñaban los planes para asestar golpes de Estado o financiar levantamientos armados en contra de los gobiernos liberales decididos a expropiar los bienes eclesiásticos.

Yo estuve ahí, a un lado de los inquisidores, sentado entre las bancas de la iglesia de la Profesa, cuando el alto clero, dueño de vidas y haciendas en México, nombró a Agustín de Iturbide para que se encargara de independizar a México de la corona española. De esta manera, la iglesia católica no se vería lastimada ni en sus bienes ni en sus pri-